

LOS NUEVOS FUNCIONARIOS

Miré a dos hombres que entraban en el vestíbulo del Hotel Mowafaq.

La mayoría de los afganos parecían deslizarse hacia arriba por el centro de la escalera del vestíbulo con sus chales arrastrando por detrás como si fueran capas venecianas. Pero estos vestían chaquetas occidentales, caminaban tranquilamente y se quedaron cerca de la balaustrada. Noté una mano en mi hombro. Era el director del hotel.

—Sígalos.

Nunca antes se había dirigido a mí.

—Lo siento, no —dije—. Estoy ocupado.

—Ahora. Son del gobierno.

Le seguí a una habitación en un piso que yo no sabía que existiera, y me dijo que me quitara los zapatos y que entrara solo y en calcetines. Los dos hombres estaban sentados en un pesado sofá de madera oscura, junto a una escupidera de aluminio. Ellos todavía llevaban puestos los zapatos. Sonreí. Ellos no. Las cortinas de encaje estaban corridas y no había luz eléctrica en la ciudad; la habitación estaba en penumbra.

—*Chi kar mikonid?* (¿Qué estás haciendo?) —preguntó el hombre de traje negro y camisa iraní sin cuello.

Yo esperaba que se pusiera de pie y que, según la costumbre, me estrechara la mano y me deseara la paz. Se quedó sentado.

—*Salaam aleikum* (La paz sea contigo) —dije, y me senté.

—*Waleikum a-salaam. Chi kar mikonid?* —repitió tranquilamente, retrepándose hacia atrás, mientras su mano rechoncha y con la manicura hecha recorría el brazo de felpa púrpura del sofá. Su cabello cardado y

su perilla estaban pulcramente arreglados. Yo era consciente de no haberme afeitado en ocho semanas.

—Ya he explicado muchas veces lo que estoy haciendo a Su Excelencia, Yuzufi, en el Ministerio de Asuntos Exteriores —afirmé—. Se me dijo que volviera a verlo otra vez en este momento. Ya voy con retraso.

El pulso me golpeaba con fuerza en el cuello. Traté de respirar lentamente. Ninguno de nosotros habló. Tras unos momentos aparté la mirada.

El hombre más enjuto sacó un transistor nuevo, habló algo en su dirección y se estiró la chaqueta rígida sobre una camisa tradicional. No necesité ver la funda de la pistola. Ya había adivinado que eran miembros del Servicio de Seguridad. A ellos no les preocupaba lo que yo pudiera decir o pensar. Habían vigilado a gente a través de cámaras ocultas en las habitaciones, en celdas de tortura o en lugares de ejecución. Sabían que, independientemente de cómo me presentara, podía ser reducido. Pero ¿por qué habían decidido interrogarme? En medio del silencio oí un coche girando en el patio y luego las primeras notas de la llamada a la oración.

—Vamos —dijo el hombre del traje negro.

Me ordenó que marchara por delante. En las escaleras pasamos junto a un camarero con el que yo había hablado, pero él me dio la espalda. Me llevaron a un utilitario japonés aparcado en una terraza sucia. La pintura del coche era nueva y estaba recién lavado. Me ordenaron que me sentara en los asientos de atrás. No había nada en las bolsas ni sobre las esterillas del coche. Parecía como si acabara de salir de fábrica. Sin decir nada giraron hacia la avenida principal.

Era enero del año 2002. La coalición liderada por los estadounidenses estaba terminando sus bombardeos sobre el complejo de Tora-Bora; Osama Bin Laden y el mulá Mohammed Omar habían logrado escapar; estaban empezando las operaciones en Gardiz. El nuevo gobierno sucesor de los talibanes llevaba en el poder

sólo dos semanas. Se habían abolido las leyes que prohibían el cine y la educación de las mujeres, los prisioneros políticos habían salido en libertad, los refugiados comenzaban a volver a casa, y algunas mujeres se atrevían a salir a la calle sin velo. Las fuerzas militares de la ONU y de los Estados Unidos se encargaban de las infraestructuras básicas y del suministro de alimentos. No había policía de fronteras y yo había entrado en el país sin visado. Me parecía difícil que pudiera existir un gobierno afgano; y, sin embargo, aparentemente estos hombres estaban ya bien establecidos.

El coche giró hacia el Ministerio de Asuntos Exteriores, y los guardias de servicio saludaron y se apartaron. Según iba brincando escaleras arriba sentí que me estaba moviendo con una rapidez nada natural y que aquellos hombres se habían dado cuenta. Un secretario nos dirigió a la oficina del Sr. Yuzufi sin llamar. Por un instante Yuzufi nos miró desde detrás de su mesa. Luego se levantó, se estiró la chaqueta más bien holgada de su traje de raya diplomática, e hizo ademán a los hombres para que se acomodaran en los mejores asientos de la habitación. Caminaron lentamente sobre el parqué de linóleo, mirando los muebles que Yuzufi había logrado reunir desde que heredara una oficina vacía: la mesa astillada, los cuatro archivadores disparejos en diferentes tonos de verde olivo, y la estufa, que inundaba la habitación de un fuerte olor a gasolina.

La semana en que había conocido a Yuzufi se cumplía la mitad de toda su carrera en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Quince días antes estaba en Pakistán. El día anterior me había ofrecido té y un caramelo con sabor a frutas, me dijo que le entusiasmaba mi viaje, se rió ante una foto de mi padre en falda escocesa, y discutimos de poesía persa. Esta vez no me saludó; por el contrario, se sentó en una silla frente a mí y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

Antes de que pudiera responder, el hombre de la perilla cortó:

—¿Qué está haciendo aquí este extranjero?

—Estos hombres son del Servicio de Seguridad —dijo Yuzufi.

Asentí. Me di cuenta de que Yuzufi tenía las manos entrelazadas y de que le temblaban ligeramente, como a mí las mías.

—Traduciré para asegurarnos de que comprendes lo que te están preguntando —continuó Yuzufi—. Diles tus intenciones. Exactamente lo que me contaste a mí.

Miré a los ojos del hombre que estaba a mi izquierda.

—Me propongo caminar a través de Afganistán. Desde Herat a Kabul. A pie. —No respiraba lo bastante profundo como para completar mis frases. Estaba sorprendido de que no me interrumpieran—. Sigo los pasos de Babur, el primer emperador de la India mogol. Quiero alejarme de las carreteras. Periodistas, cooperantes y turistas viajan en coche, pero yo...

—No hay turistas —dijo el hombre de la chaqueta estirada, que aún no había abierto la boca—. Eres el primer turista en Afganistán. Estamos en mitad del invierno; hay tres metros de nieve en los pasos más altos, hay lobos, y hay guerra. Morirás, te lo puedo garantizar. ¿Es que quieres morir?

—Muchas gracias por el consejo. Tomo nota de las tres cuestiones —por el tono adiviné que semejante consejo tenía mucho más que ver con una orden—, pero yo he hablado con el Consejo de Ministros —dije, magnificando la importancia de una breve reunión con el joven secretario del Ministro de Bienestar Social—. Debo hacer este viaje.

—Hazlo dentro de un año —dijo el hombre del traje negro.

Le había cogido a Yuzufi las escasas evidencias de mi caminar a través de Asia meridional y las estaba escudriñando: recortes de periódicos en el oeste de Ne-

pal, *el Sr. Stewart es un peregrino por la paz*; la carta del Conservador, Segundo Círculo, Departamento de Bosques, Himachal Pradesh, India, *el Sr. Stewart, escocés, está interesado en el medio ambiente*; las de un Oficial de Distrito del Panjab, y de un Secretario de Interior de un estado en el Himalaya; y la de un Ingeniero Jefe del Departamento de Riegos en Pakistán rogando a *todos los Ingenieros Ejecutivos en la franja inferior del Bari Doab que atiendan al Sr. Stewart, que estará realizando un viaje a pie para investigar sobre la historia del sistema de acequias*.

—He explicado todo esto —añadí— a Su Excelencia el hijo del emir y Ministro de Bienestar Social, quien también me dio una carta de presentación.

—¿De Su Excelencia Mir Wais?

—Sí. Aquí está. —Le entregué la hoja de papel con membrete que había recibido del secretario del Ministro. *El Sr. Stewart es un anticuario medieval interesado en la antropología de Herat*.

—Pero no está firmada.

—El Sr. Yuzufi perdió el ejemplar firmado.

Yuzufi, que miraba al suelo, asintió levemente.

Los dos hombres hablaron durante unos minutos. No intenté seguir lo que estaban diciendo, aunque me di cuenta de que usaban el persa iraní, no el afgano. Esto, sus trajes y sus maneras me hicieron pensar que se habrían pasado una gran cantidad de tiempo con los servicios de inteligencia iraníes. Yo había sido interrogado por los iraníes, que al parecer sospechaban que yo era espía. No quería que me volvieran a interrogar otra vez.

El hombre de la chaqueta rígida habló:

—Le vamos a permitir que vaya caminando hasta Chaghcharan. Pero nuestros escoltas armados le acompañarán durante todo el trayecto. —Chaghcharan estaba a mitad de camino entre Herat y Kabul y como a unos quince días según mi forma de viajar.

Los lugareños con los que yo esperaba poder alojarme se sentirían aterrorizados con una escolta de la policía secreta. Y presumiblemente ésta era la cuestión. Pero ¿por qué me estaban permitiendo hacer el viaje cuando podían expulsarme? Me pregunté si en realidad estarían buscando dinero.

—Muchas gracias por vuestras preocupaciones acerca de mi seguridad —dije—, pero estoy totalmente de acuerdo en asumir el riesgo. He caminado a solas a través de los demás países asiáticos sin ningún problema.

—Tomarás la escolta —dijo Yuzufi, interrumpiendo por primera vez—. Esto no es negociable.

—Pero tengo cartas de presentación para los jefes locales. Estaré mucho más seguro con ellos que con personas de Herat.

—Irás con nuestros hombres —repitió.

—No me puedo permitir pagar la escolta. No tengo dinero.

—No esperábamos ningún dinero de ti —dijo el hombre de la chaqueta rígida.

—Esto es innegociable —repitió Yuzufi. Sus anchas rodillas ahora vibraban sin parar—. Si no lo aceptas, serás expulsado del país. Quieren saber cuántos escoltas tomarás.

—Si es obligatorio, uno.

—Dos... con armas —dijo el hombre del traje negro—, y partiréis mañana.

Los dos hombres se pusieron de pie y abandonaron la habitación. Dijeron adiós a Yuzufi, pero no a mí.

DE TANQUE A BASTÓN

Fuera ya de la oficina de Yuzufi, compré en una pastelería unas galletas redondas con mermelada en el centro que estaban expuestas en una vitrina de cristal. Los hombres que acababan de entrevistarme no eran nuevos en su oficio. Las reacciones del personal del hotel significaban que eran bien conocidos en Herat. Probablemente habían trabajado para la *Agencia de Información del Estado* (KHAD), entrenados por el KGB. Pero yo me sentí perturbado por el hecho de que ya se encontraran funcionando tan eficazmente dentro de la nueva administración con sólo dos semanas de antigüedad, y me pregunté cómo me habrían encontrado. Me tragué de prisa las treinta galletas, dejando algunas migajas en el chal, mientras caminaba sobre el polvo por debajo del bordillo. Mis botas golpeaban las huellas de asnos, neumáticos y zapatos de otras personas. Me preocupaba que estos dos hombres no me permitieran hacer mi viaje andando. Me sentía atrapado. Ansiaba estar de nuevo en movimiento, contemplando los parajes entre Herat y Kabul.

Aquella mañana Herat se parecía a un barrio de chabolas iraní. Todo estaba recién construido y de prisa. Los soportales en bóveda para tenderetes a medio levantar tenían el tejado plano y en él se arracimaban las vigas de metal desnudas como patas de insectos muertos; y las paredes eran del mismo color que los montones de arena junto a los bordillos. Ésta era la arquitectura del islam político, que representaba una combinación de marxismo y teología puritana mezclados con la monotonía del ladrillo soviético. La mayoría de los hombres iban vestidos como iraníes provincianos, en negro repleto de manchas o en marrón descolorido. No me gus-

taba la ciudad. Para matar el tiempo me dirigí al bazar en busca de un bastón

En Pakistán llevaba conmigo un bastón perfecto. Medía metro y medio más o menos y estaba hecho de bambú pulido con una pieza de hierro en ambos extremos; había caminado con él durante nueve meses, pero no me lo había traído a Afganistán. A los bastones se les daba el nombre de *dang*, y los jats, una casta de campesinos del Panjab, solían llevarlos, en parte para autoprotección, hasta mediados del siglo XX. Muchas gentes tanto en el Panjab pakistaní como en el indio todavía conservaban en sus casas los bastones de sus abuelos. A los jóvenes les gustaba jugar con el mío, girándolo alrededor de su cuerpo, dirigiendo la base hacia abajo en un arco que se precipitaba sobre las cabezas de imaginarios oponentes. Alguien me llegó a decir que su bisabuelo había matado al último león del Panjab con su *dang*. A mí me gustaba caminar con mi *dang*; un golpe en el suelo cada cuatro pasos daba ritmo a mis movimientos. Resultaba útil cuando ascendía y me aligeraba el peso de la rodilla izquierda. Pero nadie más lo llevaba en estos tiempos excepto la policía antidisturbios. La palabra *dang* tenía un sabor arcaico y la gente se reía cuando yo la utilizaba.

Unos estudiantes afganos estaban sentados cerca de una enorme caldera medieval de bronce en la mezquita aljama de Herat, contemplando la inscripción ghórica tallada en la galería.

Le pregunté a uno de los estudiantes dónde podría comprar un bastón resistente.

Sacudió la cabeza.

—¿Como el de un anciano?

—Como el de un anciano.

—Pero tú eres joven; ¿para qué necesitas un bastón?

—Porque voy a ir andando a Kabul.

—Vete en autobús. —Todos se echaron a reír.

—O en avión —dijo otro—. Y se rieron aún más.

—Entonces ¿no tenéis ni idea de dónde puedo comprar un bastón?

—Aquí, en ningún sitio. Tenemos coches en Afganistán.

—¿Dónde consiguen vuestros ancianos sus bastones?

—Se los hacen ellos mismos.

Seguí mi paseo bajo las restantes secciones porticadas del viejo bazar cubierto, que Robert Byron viera casi demolido en su totalidad allá por el año 1933. No estaba seguro de qué nombre darle al bastón. Parecía una clara pérdida de tiempo utilizar la palabra panjabí *dang* en un lugar donde la gente hablaba persa. Pero fuera la que fuera la palabra que yo usara, la gente negaba haber oído nada sobre algo parecido, de manera que terminé por preguntar dónde podría encontrar el mango de una escoba; me mandaron al almacén del carretero. Contra la pared de su establecimiento, rodeada de canastas de henna y de albaricoques secos, había docenas de palos de pino. Eran mucho más pesados que el bambú que yo llevaba en el Panjab, pero no se podía encontrar bambú en el bazar. Elegí uno de metro y medio de largo, razonablemente recto, y bien equilibrado por el centro.

Ahora necesitaba las piezas de hierro. Seguí una nube de humo negro a lo largo de la calle principal y encontré a un herrero de mejillas requemadas trabajando en una fragua roja brillante. En el Asia meridional un herrero habría sido un hombre de casta inferior, un intocable. Pero este hombre, Hayi Ramzun, había visitado La Meca y era muy respetado entre sus vecinos. Le expliqué mi intención de caminar y lo que quería que se me hiciera con el palo. Se ofreció a fijar un trozo de tubería herrumbrosa en la parte inferior y una tuerca grande en la superior, pintarlas de azul celeste, y cobrar me el sueldo de seis días de trabajo. Me marché.

Doblé hacia la calle Piaz Furushi, que quiere decir *Calle de la cebolla*, pero que estaba llena de vendedores

de alfombrillas y de oro, y me adentré en un patio. Un burro dormía en el centro del cuadrado. Cinco hombres estaban sentados sobre sus esteras compartiendo el almuerzo. Dibujé el contorno del bastón, y uno de los hombres, Wakil Ama, dijo que él podía ayudarme. Me llevó hacia el yunque fijado a las planchas de madera en basto de su garito. Una multitud de niños se congregaron para ver lo que hacía. Cogió una lámina de metal verde rescatada de un vehículo ruso blindado para transporte de soldados, y cortó una pieza triangular con una pequeña guillotina. Luego la dobló hasta darle forma de cono y soldó la juntura; la metió en agua; le hizo un agujero; la ajustó al extremo de la madera; con el martillo pasó un clavo por el agujero y cortó la cabeza del clavo. Trabajó rápido y en silencio. Luego hizo una pausa. La punta era afilada, casi más flecha que bastón.

Explicué que en Pakistán mi bastón tenía el extremo redondo y no puntiagudo. Se encogió de hombros. Le pregunté si tenía bolas de hierro.

—No.

—¿Y alguno de vosotros?

—Puede que Hussein —dijo uno de los espectadores más viejos.

Siguió un rato de cuchicheos y luego todos me miraron.

—¿Y bien? —pregunté.

—No tenemos bolas —dijo Wakil Ama.

—¿Y qué pasa con el tal Hussein? —sugerí.

Wakil Ama se encogió de hombros otra vez.

—Puede que Hussein.

—¿Podría alguien llevarme hasta él? Voy a ir ahora mismo.

Wakil Ama le gritó a un chico y le dijo que me guiara. El chico echó a correr, riéndose a lo tonto, y obligándome a aligerar el paso tras él. Nos dimos una carrera a través de un arco oscuro cubierto hasta un gran patio, doblamos por otra calle hacia abajo y nos paramos en

una tienda de baratijas. En el suelo había una bandeja de hojalata abollada con una esfera de despertador barato, un estuche de proyectil antiaéreo, y una bola de acero.

Volvimos a la fragua. Wakil Ama cogió la bola, soltó un gruñido, y la incrustó en la otra punta del bastón. Luego la sumergió en agua y soldó otra tira de metal del tanque alrededor de la base. El trozo de metal estaba sin pulir y las rebabas afiladas de la soldadura sobresalían de la juntura, pero ahora ya era dueño de un bastón fuerte y bien equilibrado, de casi kilo y medio de peso. Wakil Ama se sonrió ante el resultado. Aceptó el pago sólo a regañadientes y dejándome a mí fijar el precio. Luego me ofreció té.

Cuando salía de allí, un anciano de espesa barba blanca miró al bastón.

—Me imagino que lo llevas por los lobos —dijo.

—Y por los humanos.

Asintió.

—¿Cómo llaman aquí a este tipo de bastón? —le pregunté.

—*Dang* —respondió.



SI EN LAS COSTAS DE ASIA...

Le había dicho al Servicio de Seguridad que iba a cruzar Afganistán siguiendo las huellas de Babur, el primer emperador de la India mogol, pero esto era falso. Inicialmente había decidido recorrer a pie la ruta central desde Herat a Kabul porque era más corta y porque los talibanes seguían luchando todavía a lo largo de la ruta principal por el sur. Iba a partir en enero porque no quería esperar durante cinco meses a que se fundiera la nieve. Sólo después de haberme decidido, descubrí que también Babur había realizado a pie la ruta central en enero y que había dejado el relato del viaje en su diario.

No tenía interés en leer el diario de Babur. No me gustan los textos medievales, con sus referencias a teologías trasnochadas y visires olvidados. Quería concentrarme en el Afganistán moderno, no en su historia, y no era capaz de ver la relevancia de un personaje contemporáneo de los aztecas.

El comienzo del diario de Babur resultó tan malo como me había figurado:

Ush está situada al sudeste de Andiyán, pero más al este y distante de Andiyán cuatro parasangas por el camino... La madre de Yunus Khan era la hija o la nieta del sheij Nur-ed-din Bey, que era uno de los emires de Kipchak y había sido propuesto por Taimur Bey.

Sin embargo, a medida que iba leyendo, la geografía y la genealogía se retiraban y pasaba a primer plano la narración. Babur había nacido en el año 1483 como príncipe de un reino pobre y remoto de Uzbekistán. A la edad de veinte años había perdido todas sus tierras en el Asia central y estaba escondido en las montañas con unos

pocos fieles, la mayoría de los cuales iban a pie y estaban armados solamente con palos, pero con veintidós años ya se había recuperado y conquistado Kabul. Aquel año visitó Herat, que en aquel tiempo era la ciudad más civilizada del mundo islámico. Volvió de Herat a Kabul por la ruta central y estuvo a punto de morir en la nieve. Luego presionó hacia el este hasta conquistar Delhi y fundar la dinastía mogol. Murió siendo el gobernante de uno de los imperios más extensos y ricos del mundo.

Narra esta historia de aventuras con una modestia impresionante. Lo que hizo era muy peligroso, pero nunca llama la atención sobre ello. Al contrario; se centra en las gentes con las que se encuentra y utiliza los retratos de individuos para sugerir los rasgos de la sociedad en su conjunto. Presta más atención al mundo contemporáneo que a las leyendas o a la historia antigua, y es un observador cuidadoso. Menciona vestigios y técnicas agrícolas, poesías y economía, pederastia y diseño de jardines, con el sentido del humor y la experiencia de un hombre que ha guerreado, viajado y gobernado. No maquilla las anécdotas para hacerlas más limpias, graciosas, personales o simbólicas. Contrariamente a la mayoría de los escritores de viajes, resulta honesto.

A veces parece como si lo único que faltara en su relato fuera él mismo. Nunca explica qué le lleva a vivir una vida tan extraordinaria y a asumir semejantes riesgos. No describe sus emociones y, en consecuencia, puede parecer distante, y los episodios de su vida repetitivos. Confrontado a cadáveres o a gentes que intentan matarle, escribe en una prosa cada vez más desapasionada e impersonal. Pero esta moderación sólo sirve para resaltar la naturaleza extraordinaria de sus experiencias. He aquí su intento de defender a Akhsi a la edad de veintiún años:

Mi caballo resultó herido por una flecha. Se desbocó y dio un brinco hacia un lado, arrojándome al suelo en medio del enemigo. Logré ponerme en pie y disparé

una sola flecha; y mi asistente Kabil, que llevaba un caballo de poca calidad, desmontó y me lo cedió... Le dije a Ibrabim Bey, ¿Qué hacemos ahora?. No me dio una respuesta muy clara, quizás porque estaba ligeramente herido o muerto de miedo... Un arquero me disparó una flecha que me acertó bajo el brazo, atravesando y rompiendo dos piezas de mi armadura Kalmuk. Le disparé una flecha y luego asesté un golpe con la punta de la espada a un jinete que me acosaba... Me quedaban unas veinte flechas. Me pregunté si debía desmontar y mantener mi posición mientras me quedaran flechas, pero decidí escapar hacia la colina.

Babur es tolerante y atento con sus amigos, pero severo, ambicioso y duro para consigo mismo. Su admiración por el coraje, la religiosidad y la inteligencia está implícita hasta en los pasajes más breves de sus diarios. He aquí la descripción de un compañero suyo mayor llamado Qasim, *el Divisor*, con el que cruzó Afganistán:

Se había distinguido por su uso valiente de la cimitarra. Era un musulmán piadoso, religioso, fiel y muy preocupado por abstenerse de toda comida dudosa. Sus juicios y talentos no eran nada comunes. Era un bromista. No sabía ni leer ni escribir pero poseía un golpe de ingenio agudo y elegante.

Babur no oculta sus orígenes pobres, sus derrotas, dificultades y amores no correspondidos. Es consciente de sus disparates, sus autoengaños y sus debilidades, sin llegar a perdonarse a si mismo por completo. Se jacta de su poesía, pero no de su coraje y de sus recursos. Se muestra escéptico sobre la autoridad y sobre la religión, y da muy pocas cosas por sentadas en relación con el mundo y consigo mismo.

Sin embargo, aunque los diarios cambiaron mi percepción sobre el Asia del siglo XV, tenían poca relevancia

para el Afganistán moderno. Babur era un hombre de la Edad Media. Su visión del mundo estaba conformada por su condición de descendiente directo de Gengis Khan y de Tamerlán, por su contacto con la cultura y el islam del siglo XV, y por no haber viajado nunca al oeste de Herat. La cultura extravagante que describe en Herat en el año 1504 no tiene ningún equivalente en la ciudad moderna, con sus raídas paredes de cemento, DVDs ilegales, y su atmósfera de convencionalismos provincianos:

Herat era una ciudad refinada en la que se poseían hasta la perfección todos los medios para aumentar el placer y la alegría; en la que todos los incentivos y mecanismos de goce se combinaban con una invitación a la satisfacción... Hussein Mirza [el gobernante] se vestía con algodón de alegre color rojo y verde. En las festividades se colocaba un turbante recogido en tres pliegues, amplios y ostentosos, y tras colocarse una pluma que se balanceaba sobre su cabeza, acudía de esta guisa a las oraciones... Tenía inclinación por la poesía... De niño le gustaba mantener carneros para que se pelearan a topetazos y divertirse echando a volar pichones o con las peleas de gallos... Era adicto al vino y al libertinaje. Creó una corte abundante en hombres eminentes de logros sin igual, cada uno de los cuales convirtió en su meta y ambición el llevar el arte que ejercía a la más alta perfección.

Había kebabs de ave y de oca, y platos de todas clases... Cuando el vino comenzaba a hacer efecto, un hombre iniciaba una danza y bailaba extremadamente bien... luego otro cantaba pero en un tono terriblemente alto, rudo, desagradable... los coperos de servicio comenzaban a distribuir vino puro a todos los asistentes a la fiesta, que se lo bebían de un trago como si fuera el agua de la vida.¹

¹ Babur describe decenas de hombres de Herat y su pintura, teología, danza y poesía y la mayoría de ellos bebiendo. Algunos eran

Casi todas las actividades que Babur describe –juego, danza, vestimentas de colores, libertinaje, canto y alcohol– eran ilegales bajo el mando de los talibanes y seguían siendo ilegales o desaconsejadas para el nuevo gobierno de Ismail Khan.

Babur decidió abandonar Herat tras sólo veintidós días en la ciudad, a pesar de las súplicas de sus primos para que los defendiera contra un señor de la guerra uzbeko. Babur declara que salió de la ciudad porque sus cuarteles de invierno resultaban inadecuados, pero esto parece poco probable, ya que residía en el palacio del hombre más rico y cultivado de la ciudad. Por el contrario, parece más probable que tanto él como su canciller analfabeto Qasim, con sus orígenes provincianos, se sintieran intimidados con la sofisticación de una sociedad cortesana. Qasim había conseguido a duras penas impedir que Babur diese algún paso en falso peligroso en la sala de audiencias, o que bebiese alcohol por primera vez. Puede que Qasim quisiera llevarse a su protegido antes de que se corrompiera o se humillara todavía más. Además, su nuevo reino de Kabul se encontraba bajo amenaza, y a menudo Babur se mostraba inquieto. Sea cual fuere el factor determinante, Babur debió sufrir fuertes tensiones a la hora de decidirse a dejar la ciudad. Salió en pleno invierno, que es una época muy mala para viajar por la ruta central.

gente inusual; véase, por ejemplo, *el mulá que dejó una prosodia persa que omite muchos temas útiles y difíciles y se centra en asuntos obvios con los detalles más minuciosos; y era conocido por la fuerza con que era capaz de asestar golpes con su puño.*

PARTE PRIMERA

Herat... El policía en el cruce con un silbato para atemorizar al submundo de Chicago.

—Robert Byron, *The Road to Oxiana*, 1933.

Herat... La policía dirigiendo el tráfico de una escueta hilera de coches con silbatos y gestos malhumorados como los de un árbitro.

—Eric Newby, *A Short Walk in the Hindu Kush*, 1952.

Herat... Un pequeño y solitario policía en el centro de una enorme plaza desierta, dirigiendo el tráfico a dos burros y una bicicleta, con una majestuosidad y una ferocidad más dignas de los Campos Elíseos.

—Peter Levi, *The Light Garden of the Angel King*, 1970.



CHICAGO Y PARÍS

En mi última mañana en Herat me resistía a tirarme de la cama. Hacía frío a pesar de mi saco de dormir nepalí, y sabía que haría mucho más frío en las montañas que me aguardaban. Me puse mis ropas de caminar: una camisa larga *shalwar kemis*, unos pantalones bombachos y una gorra Chitrali, con una manta *patu* de color marrón enrollada por los hombros. Entré en el comedor para desayunar. A los extranjeros no les estaba permitido albergarse en otro hotel que no fuera el Mowafaq –quizás, según pensaba yo ahora, para hacerle mucho más fácil al Servicio de Seguridad nuestro control. Los reporteros de guerra habían ocupado la mayor parte de las mesas durante la semana anterior, y yo me había pasado con ellos mucho tiempo. Vi que Matt McAllester y Moisés Saman, que me caían bien, no habían aparecido aún. Habían estado bebiendo champaña Turkmen la noche anterior en el bar de la ONU para celebrar el cumpleaños de Moisés.

Los de la televisión France 2 habían traído su propia *cafetière* y un paquete de café Lavazza, y habían enviado a alguien al bazar a por zumo natural. El día antes los había oído hablar sobre unos motivos chinos en una mezquita, la semejanza entre los minaretes y las chimeneas de las fábricas, y los soldados que los habían desalojado del fuerte Bala Hissar. Ahora estaban discutiendo si visitar la tienda de vidrio soplado artesanal o el campo de refugiados. Uno de ellos señalaba a través de la ventana al policía de tráfico. Estas cosas habían atraído la atención de los extranjeros en Herat durante setenta años. Yo había leído a cinco escritores de viajes diferentes sobre los policías de tráfico. Sus gorros puntiagudos y sus silbatos asombraban a los visitantes como

particularmente incongruentes entre el tumulto del bazar afgano. Yo también quería escribir sobre ellos.

Me senté junto a Alex, el corresponsal del *Telegraph*, a quien ya había conocido en Yakarta, y a Vaughan Smith, que había sido oficial de la Guardia de Granaderos antes de convertirse en un cámara trabajando por su cuenta. Llevaba filmando en Afganistán una década.

—¿Te vas esta mañana? —preguntó Vaughan.

—Eso espero.

—¿Y de verdad vas a ir andando a Kabul a través de Ghor?

—Sí.

Vaughan sonrió. Me deseó buena suerte y me dio sus huevos fritos. Me comí seis huevos para almacenar proteínas. Luego cogí mi bastón y mi mochila, dije adiós y salí a la calle. Un viento fuerte y frío llenaba el aire de arena y tuve que entrecerrar los ojos.

En la esquina de la calle miré a unos hombres descargando mantelerías de China y chanclas iraníes con la etiqueta de *Nike by Ralph Lauren*. Un camión había transportado desde Tabriz los productos, a través de una niebla de humos de diesel, a lo largo de la autovía de varios carriles que el gobierno iraní seguía llamando la Ruta de la Seda. Era la ruta que Alejandro Magno tomó en persecución de su rival persa. Los persas habían huido por la ruta central hacia las montañas, y Alejandro, en vez de seguirlos, eligió la ruta más segura de Kandahar a Kabul. Contemplé un envoltorio de frutas de Isfahán volando tras las huellas de Alejandro. Yo seguí a los persas y me tropecé con un hombre con pierna ortopédica a quien ya conocía de antes.

—*Shoma Ghor miravid?* (¿Vas a la provincia de Ghor?) —gritó.

—Sí.

—*Shoma be ghabr miravid* (Te diriges a tu tumba) —replicó. Le estreché la mano y seguí andando mientras él repetía el chiste *Ghor miyayid... ghabr miyayid* y se reía.

HUMA

Al llegar a su oficina, Yusufi se levantó, sonrió, se ajustó con parsimonia la chaqueta cruzada y rodeó la mesa para venir a darme un abrazo. Cuando me senté, una docena de personas entraron a empellones por la puerta. Los reconocí del hotel –*Wall Street Journal, Guardian, Deutsche Allgemeine Zeitung*– pero ninguno se dio cuenta de mi presencia. Jóvenes traductores de Kabul con sus chaquetas de cuero plisadas y sus pantalones bombachos formaban la comitiva. Al acercarse a la mesa de Yuzufi cada uno de ellos intentaba hablar más alto que los demás en inglés: *¿Podemos verlo?. ¿Podemos acordar una cita para verlo?. Pero Su Excelencia dijo.... No hay autoridad superior. ¿Sin carta?. ¿Qué pasa si...?.* Y como si se tratara de una ópera bufa, el bajo profundo de la voz de Yuzufi irrumpía en total armonía: *No se sabe... No os preocupéis... Todo se arreglará...*

Los periodistas pedían tener acceso a un prisionero talibán. Yuzufi prometía ocuparse del tema. Esta obra ya se había representado muchas veces. Algunos de los periodistas llevaban ya dos semanas sin lograr entrar en la cárcel. Ahora, confrontados con la paciente labor de confusión de Yuzufi, se dirigían bruscamente a sus traductores que, encontrándose lejos de Kabul, estaban casi tan confundidos como los propios periodistas. Finalmente, con Yuzufi todavía en el uso de la palabra, todos se dieron la vuelta y se largaron sin decir adiós, dejándonos solos a mí y a la fila de campesinos junto a la puerta.

Yuzufi sonrió. Se suponía que él estaba buscando las cartas de presentación que yo había conseguido con tanta dificultad en Kabul. Esperaba que dijera que las había encontrado. Pero no. En vez de eso, dijo: *He estado pensando en ti esta noche, Rory. Eres como un derviche giróvago*

de la Edad Media. Me comparaba con Attar, quien vivió en el siglo XII bajo la dinastía de Ghor. Cuando la invasión de Gengis Khan, Attar fue muerto por gastar una broma, y Rumi, a quien Attar había mantenido de niño, marchó a Turquía en busca de los derviches giróvagos.

—Lo que verás en tus caminatas —continuó— es que hoy en día somos un país exactamente igual que lo éramos en el siglo XII bajo los ghóridas, en vida de Attar.

Sonreí. Mientras que el nuevo gobernante estaba aprendiendo la jerga del estado posmoderno, Yuzufi seguía teniendo una visión más antigua de un Afganistán con una identidad nacional única, fronteras naturales, embajadores y una cultura definida por la poesía medieval. El Servicio de Seguridad se planteaba mi paseo sólo como un viaje a los confines del terreno de Ismail Khan. La zona de los hazaras les resultaba tan extraña como el propio Irán. Pero para Yuzufi mi viaje era un viaje a través de un país unido. Quizás ésta era la razón por la que él era uno de los pocos que pensaban que el trayecto resultaba posible.

—Me gustaría —suspiró Yuzufi— ir contigo, pero soy como los pájaros que rehusaron sumarse a la búsqueda sagrada.

Luego se puso a citar versos que habrían podido ser la descripción que Attar hizo de las excusas de los pájaros para quedarse en casa:

El búho ama su nido entre las ruinas;
el huma se regodea haciendo reyes;
el halcón no abandonará el puño del rey;
y el aguzanieves se escuda en la debilidad².

² El pájaro mítico *huma* (buitre barbado) nunca se posa sobre el suelo y vuela constantemente. Su dieta son los huesos. La hembra deja caer los huevos desde el cielo y el polluelo sale del cascarón según va cayendo el huevo, escapando antes de que se estrelle en el suelo. Cualquiera sobre el que vuele el huma se convertirá en rey. Forma

Finalmente, entró un soldado resueltamente y, manteniendo la mano derecha sobre el pecho, dijo:

Salaam aleikun. Chetor astid? Khan-e-shoma jur ast? Khub astid? Sabat-e-shoma khub ast? Be khair hastid? Jur astid? Khane kheirat ast? Zinde bashi.

Lo que en dari, el dialecto afgano del persa, quiere decir: *La paz sea con vosotros. ¿Cómo estáis? ¿Está sana vuestra alma? ¿Estáis bien? ¿Estáis bien? ¿Estáis bien de salud? ¿Estáis bien? ¿Está vuestra familia floreciente? Larga vida a todos.*

Es decir: *Hola.*

Era un hombre achaparrado y patizambo, de unos cuarenta y cinco años; su barba rala era de color marrón castaño, y con unas mejillas de color púrpura demacradas. En una mochila molle llevaba una radio militar, su enlace con el cuartel general; un bolígrafo, lo que sugería que sabía leer y escribir; una cajita de píldoras, lo que demostraba que se podía pagar los antibióticos; y un rollo de papel higiénico de color rosa, un indicador más sutil de posición social.

Yuzufi no se levantó para saludarlo, pero movió tres ficheros en su pesada mesa de madera y respondió con sus nueve saludos. Contra la pared más alejada de la oficina había cuatro campesinos afganos incómodamente rígidos, sentados en cuatro sillas de plástico, con sus botas impermeables de goma plantadas de lleno sobre el linóleo. Por debajo de sus deshilachados pantalones *shalwar* de pijama, sus reducidos tobillos marrones aparecían cubiertos de grietas y cicatrices blancas muy finas. Llevaban ya horas esperando para hablar con Yuzufi.

—Soy Seyyed Qasim —continuó el soldado, subrayando el título de Seyyed, que significa descendiente del Profeta—, del Departamento de Inteligencia y Seguridad.

parte de los mitos de Persia y de la India y es celebrado por los poetas hindúes y por los sufíes musulmanes como Attar y Rumi. En una ocasión había dos humas de oro gigantes en las murallas de la capital perdida de los ghóridas en la Montaña Turquesa. Incluso Babur cita un poema sobre el huma, escrito por uno de sus cortesanos.

—Cierto, Seyyed Qasim, soy Su Excelencia Yuzufi —replicó Yuzufi, que también era un Seyyed—. Y éste es Su Excelencia Rory, nuestro único turista, en espera, preparado para que camines con él.

—Mi escolta no me dirigió la mirada.

—*Salaam aleikun* —dije.

—*Waleikun a-salaam* —respondió el hombrecito. Se volvió hacia Yuzufi—. Bien, Su Excelencia; ahí fuera tenemos un Land Cruiser.

—Por favor, compréndelo —interrumpí—, yo iré andando a Chaghcharan.

—¿A Chaghcharan? No.

Seyyed Qasim se quedó rígido e hizo varias afirmaciones con decisión, pero no parecía cómodo en la oficina. Se quedó mirando por toda la habitación. Sus ojos eran pequeños y azules, sus párpados hinchados.

—No sólo hasta Chaghcharan —dijo Yuzufi—, sino hasta Kabul.

—Lo matarán. ¿Qué pretende hacer este extranjero?

—Soy profesor de historia —dije.

Qasim miró de reojo a mis ropas raídas y frunció el entrecejo.

La puerta se abrió de repente y se introdujo con decisión otro soldado más joven. Medía sobre un metro ochenta de estatura —casi veinte centímetros más alto que Qasim— y mucho más ancho de hombros. Inusualmente para un afgano que provenga de un área rural, se había rasurado, pero dejando un bigote caído que le hacía parecerse a un bandolero mejicano. Visibles en su mochila molle había cinco cargadores, tres granadas, un paquete de cigarrillos y, una vez más, un rollo de papel higiénico rosa. Qasim nos lo presentó como Abdul Haq.

Yuzufi, que había estado ordenando dos ficheros, ahora levantó la vista y les habló durante un rato. Volviéndose hacia mí añadió:

—Les he dicho a ambos que te has entrevistado con Su Excelencia el emir Ismail Khan, y que él te deseó suerte en tu viaje. Ellos tienen que hacer lo que les or-

denes y tomarás nota de su mala conducta. Vuestra caminata empieza ya. —Se levantó desde detrás de su mesa y envolvió mi mano con total seriedad—. Inclúyeme en tu libro. Como dice el poeta persa, *la vida del hombre es breve y transitoria. La literatura pervive para siempre.*

Sonrió.

—Buena suerte, Marco Polo.